CANCIÓN DE HIELO Y FUEGO. VALAR MORGHULIS.

Olía a ceniza. A sangre y humo. Un infierno había caído sobre la ciudad. Entre las paredes del patio, ya derrumbado, luchaba por seguir viva. Por tachar el último nombre de su lista. Cuando tiró el primer cuchillazo supo que había acertado. La afilada hoja rasgó sin esfuerzo el cuello del guardia y pegó después contra el muro de piedra, levantando un trozo de yeso de la pared. El hombre cayó a su espalda, agonizando, mientras intentaba taparse con ambas manos la herida mortal. Era inútil, entre sus dedos la sangre manaba como una fuente, descontrolada. Sus miradas se cruzaron y ella vio, a través de la visera del casco, unos ojos desencajados por el dolor, estupefactos por el asombro y la ira. Ojos llenos de rabia y de sorpresa. De quien no espera morir a manos de una chiquilla. Allí, mientras las tinieblas caían sobre sus cabezas. **En Desembarco del Rey.**

Arya pensó en la muerte. Se incorporó de rodillas sobre el frio suelo y se giró despacio, como en mitad de un sueño lento, para enfrentarse a sus próximos enemigos. Quizás los últimos. Los soldados blandieron sus armas, dispuestos a defender a su soberana, preparados para enfrentarse a la más pequeña de los Stark, a la heroína de Invernalia. La reina gritó algo que Arya no comprendió. Cuatro de los guardias avanzaron, desenvainando sus espadas. Dio un paso atrás, con “aguja” bien apretada en su mano. De repente, sintió un gran temor. Se acordó de Syrio Forel, enseñándole a bailar entre aquellas mismas paredes. **«El miedo hiere más que las espadas».**

Se abalanzaron sobre ella desde todos lados, pero no esperó a que la alcanzaran. Giró a su izquierda, moviéndose deprisa. **«Rápida como una serpiente».** Detuvo un ataque y esquivó un segundo mientras pegó una patada. El filo de un arma enemiga rozó su brazo y giró veloz sobre ella misma. **«Resbaladiza como una anguila».** Clavó el puñal de acero valyrio, sorteó una punta de lanza, saltó hacia un lado, fintó un golpe, soltó un puñetazo y lanzó un corte veloz con “aguja”. Sin parar de moverse.

«Veloz como un ciervo». El cuarto enemigo se abalanzó sobre ella, gritando en una carga suicida. Se agachó para esquivar la hoja y arrojó una estocada directa. El guardia cayó a sus pies, mientras la sangre brotaba a chorros del agujero donde antes estaba su ojo. Paró una cuchillada, lanzó un último tajo a su alrededor y cerró los ojos. **«Suave como la seda de verano»**. Cuando los abrió, cuatro hombres yacían a su alrededor, en el suelo, muertos o moribundos.

«Mira con tus ojos», le había dicho una vez su padre. Muchos más guerreros protegían a la reina, prestos para matarla. No podría tacharla de su lista. No así. Vio un hueco en el muro, angosto, bajo y estrecho, poco más que un agujero. Era su única oportunidad de sobrevivir. Corrió hacia él y saltó sin dudarlo. Gritos a su espalda. Cayó al otro lado y echó a correr de nuevo, entre escombros y rescoldos de brasas. ¿Dónde estaba? No recordaba tan bien la Fortaleza Roja. Todo a su alrededor era un laberinto interminable de piedras, cascotes y destrucción. Dobló una esquina, atravesó una sala, siguió corriendo por un largo pasillo y se coló por una ventana que daba a unas escaleras oscuras. Sonidos a sus espaldas, persiguiéndola. Comenzó a subir por las escaleras de caracol, acostumbrándose a la oscuridad que la rodeaba. **«Silenciosa como una sombra».**

Llegó a lo alto y supo dónde se encontraba. Estaba en una de las torres que guardaban el acceso a la fortaleza, la única que permanecía en pie. Miró hacia el horizonte. Enfrente de ella, la ciudad ardía sin control, destruida por una vorágine de llamas y muerte. Más allá de los muros pudo ver muchas tropas agrupándose. Tropas norteñas supuso, con los colores de Invernalia, del Valle y de los Ríos. Dentro de la ciudad, justo debajo de ella, en la escalinata que estaba a los pies de su torre**,** cientos de Inmaculados y dothrakis gritaban y vitoreaban a su Reina. Drogón descansaba, apoyado sobre el tejado en ruinas de una casa abrasada.

Daenerys de la Tormenta estaba allí, muchos metros por debajo de ella. De pie frente a sus soldados, en el pórtico de una Fortaleza Roja ahora reducida a cenizas. Majestuosa y malvada, ocupando al fin su Trono de Hierro. La Targaryen que había

abrasado toda una ciudad con fuego de dragón. La Reina loca, que había quemado vivos a hombres, mujeres y niños inocentes. El último nombre añadido a la lista de Arya. **El último nombre que debía tachar.**

Recordó entonces las palabras de la sacerdotisa Roja. ***"Veo una oscuridad en ti. Y en esa oscuridad, unos ojos que me miran fijamente. Ojos marrones, ojos azules, ojos verdes. Ojos que cerrarás para siempre".*** Pensó en el destino. En Sandor Clegane, en Nymeria, en Jaqen H'ghar, en su hermana Sansa, en Jon... Cerró sus párpados por última vez, acompasó la respiración, extendió los brazos, apuntó "aguja" hacia el corazón de la Khaleesi y saltó. **Valar morghulis.**